

PERSONAJES:

ALEJANDRO, un chaval de veinte años en plenitud física. Carácter dulce y habla pausada.

PILAR, su abuela, de ochenta, vencida por la edad y algo desmemoriada.

ESCENA ÚNICA

Un balcón amplio. Una vivienda popular en el centro de la ciudad. Ropa tendida al fondo.

Dos sillas y una mesita de madera. Anochece. En el momento en que comienza la acción,

PILAR está sentada muy cerca de la barandilla, las manos apoyadas en los barrotes. En

el regazo tiene una labor de punto. Entra ALEJANDRO con una bandeja. Es la cena para

ella. En el momento en que deja la bandeja sobre la mesa, oímos el aplauso de las 20:00

h. durante el confinamiento. ALEJANDRO se suma también al aplauso.

PILAR. ¿Por qué aplaude la gente, niño?

ALEJANDRO. Por los que siguen trabajando. Para darle ánimos a los médicos, los de los supermercados... todos los que no pueden quedarse en la casa. Como mi madre. Para reconocer a los que tienen que trabajar.

PILAR. Es verdad, me lo habías dicho. Eso está bien pensado. Mañana aplaudo yo también. *(Mostrando sus manos)*. Aunque como tengo yo las manos ya, que parecen un puñado de sarmientos, da igual que aplauda o no porque no se escucha.

ALEJANDRO. Bueno, abuela, me voy para abajo. No tardes en meterte para tu dormitorio. No hace ninguna calor. Si te hace falta algo, me das una voz y subo.

PILAR. ¡Pero quédate un rato con tu abuela! ¿No dices que no tienes escuela?

ALEJANDRO. *(Como se le explicaría a un niño).* ¡Si es que los mayores y los jóvenes no podemos estar juntos! ¡No tenía ni que salir aquí! Tú en la planta de arriba y nosotros en la de abajo. *(Para dulcificar la explicación del método).* Pero por lo menos tienes el balcón...

PILAR. El balcón no tiene ya ningún entretenimiento, porque no pasa nadie. Hasta hace una semana cuatro guiris, pero ya ni eso.

ALEJANDRO. Pero te da el aire, abuela.

PILAR. Siéntate. ¿No puede estar un rato un nieto con su abuela?

ALEJANDRO. No... porque el virus ataca a la gente mayor, sobre todo. Lo puede pasar el joven sin sufrirlo y que le haga daño al abuelo.

PILAR. ¡A mí ya no me ataca nada! Me atacan los años, ¡pero el bicho se irá a por un cuerpo nuevo, de donde pueda comer! *(Sonriendo ante la idea).* ¡No se va a meter en una vieja!

ALEJANDRO. *(Con poco ánimo de volver a explicarlo).* Pues funciona así, abuela. El nieto puede pasarle el virus al abuelo.

PILAR. ¡Qué me vas a pasar tú, si estás que da gloria verte! Anda, siéntate. Si ahora no puedes ir de novias, por lo menos hablas con tu abuela.

ALEJANDRO *aleja una silla de la otra para sentarse a una distancia prudente.*

ALEJANDRO. Me quedo un ratico y ya me bajo.

PILAR. Mira dónde te has sentado. La gente va a pensar que estamos peleados, chiquillo. ¿Con lo que nos queremos, eh, Alejandro?

ALEJANDRO *sonríe, asintiendo.*

PILAR. ¿Te he contado la historia de este balcón?

Por la expresión de ALEJANDRO entendemos que la ha oído ya muchas veces, pero finge ignorarlo al contestar.

ALEJANDRO. No, no me la has dicho.

PILAR. Pues ahora está sirviendo para que tú y tu madre me tengáis aquí medio presa, pero no me importa porque hace mucho tiempo este balcón me lo dio todo. ¿Y sabes cómo?

ALEJANDRO. No.

PILAR. Porque desde este balcón vi por primera vez a tu abuelo. Pasó con una camisilla medio abierta, porque era muy caluroso. El mozo más guapo que había pisado esta calle. Y como era su camino a la fábrica, le veía pasar todos los días a la misma hora. Me escapaba del cuarto de costura a la hora que yo sabía que le veía. Siempre tan guapo, tan repeinado. Con la camisilla medio abierta porque tenía calor a todas horas. Y a este balcón estaba asomada cuando me habló la primera vez, y me dijo: “Señorita, ¿a usted le gustan los bailes?”. *(Transición, en la que parece inmersa en el recuerdo)*. Ahora tu madre no quiere tener macetas, porque dice que dan trabajo. Pero cuando yo era mocica teníamos el balcón que era una prenda, con jazmines, azucenas y rosas, unos tallos que colgaban hacia abajo que la gente casi podía llegar a tocarlos. Yo tenía este balcón y esta casa que era la envidia de medio barrio. Y a este balcón nos asomábamos tu abuelo y yo ya casados, con tu madre, para tomar la fresca.

(PILAR se saca un pañuelo y se enjuga las lágrimas).

Ahora este sitio... me parece medio muerto porque no tengo con quién asomarme ni a quién mirar desde aquí.

(PILAR vuelve a secarse lágrimas).

Por eso no me importa que me tengáis aquí sin salir. Porque estoy en mi balcón. *(Una breve pausa, en la que la vemos sumida en sus recuerdos)*. Ya te puedes ir, si tienes prisa.

ALEJANDRO. No me quiero ir, pero hasta que pase esto nos tenemos que ver poco. Tú me llamas si te hace falta algo.

ALEJANDRO se pone de pie. Toca a la abuela en el hombro y comienza a caminar hacia el interior de la vivienda.

ALEJANDRO. No tardes en meterte dentro. Que hace frío.

PILAR. *(Dejando atrás el llanto, con nueva energía)*. Y acuérdate que mañana voy yo a comprar. El que no tiene que salir eres tú. No va a estar el virus pensando en meterse en el cuerpo de una vieja.

ALEJANDRO. Claro, abuela.

ALEJANDRO sonrío, dando a entender que eso no va a pasar.

TELÓN